

I

Escenario en que aparece Porfirio Díaz

VIENE el general Díaz á la vida en el año de 1830; nace en Oaxaca el 15 de Septiembre de ese año, día que es aniversario de aquel en que Hidalgo profiriera, con fulminante inspirado acento, en 1810, en el pueblo de Dolores, el sublime grito de *Independencia*, que repercutiendo atronador por valles y montañas, hasta los más apartados confines del virreinato de México, levantó en armas á un pueblo siervo, que tras de once años de lucha heroica, rompió las cadenas que lo ataran por trescientos años á la metrópoli española, para así formar una nación independiente y soberana.

¡Coincidencias inexplicables, pero que por su enlace magnífico, hablan de algo inescrutable y grande! Aparece el predestinado para defender y transformar brillantemente á México, en ese aniversario glorioso del grito heroico por su independencia.

Procede de una familia de la clase media, de esa clase que ha sido luz y fuerza en todos los grandes pueblos. Por su padre, José Faustino Díaz, tiene en sus venas española sangre, y por su madre, Petrona Mory, corre en ellas la rica de la india raza mixteca; noble raza que produjo príncipes guerreros.

Con esfuerzos por parte de los autores de sus días, debido al modesto patrimonio dejado por el uno, y más que todo por la inquebrantable energía de la señora su madre, que enviudara desde 1833, á Porfirio Díaz se le pudo dedicar provechosamente á las letras; ayudaba ya al sostenimiento de su familia en la orfandad, mientras estudiaba Derecho en 1855, cuando salta á la arena de la revolución, impulsado por los excesos de la tiranía.

Pero ¿cuál era la situación de la República, en esa época que sirve de primer escenario al que más tarde fué llamado el hacedor del moderno México?

Tenemos que volver la mirada al ayer de la Historia, un instante, para darnos cuenta de semejante situación, antes de lanzar el gladiador al revuelto campo de la lucha.

México concluyó en 1821 la obra de su emancipación; pero ¿qué componentes tan heterogéneos formaron la nacionalidad! Sin haber entre ellos un elemento dominador y prestigioso que encauzara la corriente de su vida, tuvo que sentir el embate de diversas facciones, que, con fuerzas semejantes, al chocar entre sí con la pretensión de superar, ocasionaron una anarquía tan desoladora, que llegó á hacer perder alguna vez hasta la esperanza de la salvación nacional.

Efectivamente, tres grandes congregados constituían al pueblo mexicano en los momentos de

su independencia: los españoles, engraidos con el antiguo régimen; los criollos y los mestizos, ufanos con su emancipación é inexpertos en la dirección de la cosa pública, y los indígenas, en lo general envilecidos por tres centurias de servidumbre, en que perdieron su civilización propia, sin que se les diera en cambio por los conquistadores más que la parte externa de una religión, extremando su culto hasta la idolatría. De allí la preponderancia absoluta en esos tiempos del clero, que procedía de españoles y mestizos.

Se esbozaba un partido republicano, nacido al calor de las ideas liberales de los insurgentes, encabezados en la guerra de Independencia por el ilustre Morelos, y se constituía el partido monarquista con los que acababan de estar al servicio de la dominación española. En éste enraizaban los intereses de las clases militar y eclesiástica, privilegiadas con fueros, viéndose como principales del clero, que poderoso, siglo tras siglo había acaparado por acumulación riquezas inmensas, enseñoreándose, por otra parte, por medio del fanatismo, en el espíritu de las masas ignaras.

Y en cada partido, sin ideales bien definidos, sin jefes que pudieran imponerse sobre las muchedumbres, bullían las pasiones exacerbadas por multiplicados bajos intereses.

Sin embargo, Iturbide, que al apartarse del servicio de España para proclamar el Plan de Iguala, que determinó la independencia del país, valiéndose al efecto de las mismas tropas que le confiara el gobierno colonial para batir á los insurgentes; Iturbide, que por tal manera, por un instante tuvo bajo su mando los revueltos elementos, se proclama emperador. Viene tras esto el desconocimiento del imperio, y comienza luego la separación de los bandos, llamados conservador el que tenía tendencias á la monarquía, y liberal el que anhelaba por la república. Se suceden luchas entre ambos, en muchas de las cuales quedaban mezclados, que no unidos, vencedores y vencidos, debido á combinaciones efectuadas por el acaso de las revueltas. Surgían otras nuevas, en que sólo se trataba de asaltar el poder por una ú otra personalidad, que halagaba á sus parciales según su interés ó sentir político, y así se llegó á la más horrorosa anarquía. En medio de ella, presidiendo al país el general Antonio López de Santa Anna, hombre que había afectado pertenecer una vez á un bando y mañana á otro, según sus conveniencias del momento, pero con tendencias manifiestas al monárquico, en donde sus vanidades eran mejor satisfechas, en el año de 1846, después de una guerra tristemente sostenida por ese general, que le valió hondas humillaciones, se efectúa la separación de Texas de nuestro territorio, para quedar anexada aquella gran porción de México á la república de los Estados Unidos del Norte.

Se sucede en 1847 la invasión de ese pueblo sobre México, y Santa Anna, ya rehabilitado, y con carácter de Presidente de la República y general en jefe del ejército, dirige la campaña.

En Monterrey y en La Angostura combatieron bravamente nuestras tropas; defendieron con heroicidad á Veracruz, y en toda esa brega desgraciada, admirables actos registra nuestra historia, pero en definitiva, ya otra vez lo hemos dicho (1): «El sistema defensivo que se adoptó en la guerra contra los norte-americanos, desde Veracruz hasta México, sin relacionar en esta ciudad los puntos de defensa, y dejándolos aislados como para que parcialmente los batiera el enemigo, fué sin duda el principal motivo de nuestras constantes derrotas en esa campaña. En los combates del Valle de México, nunca las reservas llegaron con oportunidad; y cuando éstas se avistaron, en los momentos en que podían haber obrado con buen éxito, como en el campo de Padierna, se retiraron, en lugar

(1) *El Ejército Mexicano*, escrito por el autor, pág. 36.

de entrar en fuego. No se advirtió en lo absoluto iniciativa por nuestra parte; los golpes se recibieron uno tras otro, sin cambiar de sistema, hasta que nuestras fuerzas se fueron reduciendo. Sólo en el Norte, en la citada batalla de La Angostura, el ejército mexicano se lanzó sobre el contrario, y en aquella batalla nuestras tropas hubieran triunfado con sólo haber permanecido frente al enemigo. Por lo demás, no llegó á ser hostilizado el invasor por flancos y retaguardia en sus marchas; se le dejó ocupar en toda su extensión el terreno sobre que iba avanzando, y únicamente el general Urrea alguna vez le hizo daño á retaguardia, en las inmediaciones de Monterrey, cuando ya estaba sobre Saltillo; y es que Santa Anna quería mandar á la tropa que peleaba, y sólo la que con él estaba había de batirse; y Santa Anna, según se desprende de cuanto hemos dicho, combatía mal, no preveía nunca los desastres, nada tenía preparado para el segundo minuto de la acción, y no utilizó las poderosas reservas con que contaba. Jamás en nuestra historia vióse ni se ha vuelto á ver campaña tan mal dirigida, cuyo recuerdo ignominioso quema. ¡De nada sirvió en esa guerra el valor de nuestros soldados!»

Tras la derrota, se firmó en la villa de Guadalupe el tratado de paz, en Febrero de 1848, que nos hizo perder en favor del vencedor, además de Texas, desde antes unido á la República del Norte, parte del territorio tamaulipeco, Nuevo México y la alta California. Más tarde, el funesto Santa Anna vendía á nuestros vecinos La Mesilla, para que redondearan sus posesiones.

No bien los invasores desocupaban nuestras plazas, cuando la guerra civil, encendida en ambiciones personales, volvía entre llamas y truenos á lanzar su alarido de destrucción. Por fin, después de la honrada administración del general Herrera, y la igualmente honrada y procelosa del general Arista, una revolución que acusaba nuestro estado de inmoralidad profunda y de versatilidad increíble, si no se toma en cuenta la herencia fatal de nuestros antecedentes históricos, volvía al poder á ese general Santa Anna, que tras la invasión del pueblo del Norte, había caído en el más profundo desprestigio. Nunca, hasta entonces, ese hombre había manifestado perseverancia para erigir un sistema; pero, en la época á que nos referimos, dejó de ser voluble para encargarse de un modo absoluto de ser tirano.



EL JOVEN PORFIRIO DÍAZ

Sus odiosas, insoportables disposiciones, conmovieron el ánimo de los hombres en que la dignidad humana existía, y á éstos los siguieron las multitudes.

En Marzo de 1854, como grito de desesperación de la nación oprimida, lanza en el Estado de Guerrero su plan, denominado de Ayutla, el viejo general insurgente Juan Álvarez. En él había las promesas de otros muchos que antes sirvieran de bandera á facciones diversas; pero el Plan de Ayutla, de que hablamos, por ser esta vez la expresión lealmente interpretada del sentir de una nación que se retorció en las angustias ocasionadas por la más cruel de las tiranías, fué secundado con entusiasmo indecible por las masas populares; no por jefes que, antes de ese momento histórico á que nos referimos, vendían su espada ó la arrojaban á la balanza de los triunfos, inspirados por pasiones insensatas, sin levantar los ojos al alto ideal del derecho y de la libertad de la patria, desgarrada por la anarquía.

El partido liberal se hizo entonces sentir con todos sus alientos, y bajo su bandera, los pueblos volaron á la guerra. No fué ya la antigua de motines de cuartel: fué la hecha por el pueblo y por sus hombres sostenida; fué la nación, que al fin recobraba su dignidad, mil veces herida por los tiranos.

En los momentos de esa conflagración aparece el joven Porfirio Díaz, ofreciendo su espada á la revolución salvadora.

Corría el año de 1855.



II

Se destaca la figura del biografiado

1854

QUÉ conflagración la de la República en 1854 y 1855! El alma de una nación flameaba, estremeciéndose en el momento de la reacción suprema contra la tiranía. Parece que la atmósfera se incendiaba, y que elocuentes voces hablaban á todos los espíritus, haciéndoles entrever los grandes ideales de la Constitución y de la Reforma.

Pero procedamos á delinear la figura, que ya surge en el lienzo de la Historia.

Porfirio Díaz, el niño todavía, deja ver bien pronto cuál debía ser el hombre. Llega á la capital del remoto Estado de Oaxaca, en 1846 y 47, el eco tronante de la guerra de Texas é invasión norteamericana, y Porfirio Díaz corre á alistarse en la guardia nacional, destinada para la defensa de la patria; guardia nacional que no llegó á entrar al fuego de los combates, por virtud de que no dió tiempo ni ocasión para ello esa breve desgraciada lucha que terminó con el tratado de Guadalupe.

Aquella guardia nacional, sin objeto, quedó al fin disuelta.

Nuestro biografiado por aquel tiempo estudiaba, y se inspiraba en los ejemplos de los hombres superiores de su ciudad natal, algunos de los cuales llegaron á figurar en las eminencias de nuestra historia.

Después de que, en contra de las indicaciones propias de la época, se decidió á rechazar proposiciones para abrazar la carrera eclesiástica, á que lo llamaban sus parientes, y hasta ciertas razones de conveniencia, se dedicó al estudio del Derecho, y entre sus maestros, que supieron adivinarlo, escogió ejemplos en sus primeros pasos, para más tarde superar á los modelos.

Hablando de uno de esos maestros, veamos con qué vigor y sencillez de estilo se expresa el mismo general Díaz en su Autobiografía:

«Don Marcos Pérez,—dice,—era, como Juárez, un indio zapoteca de raza pura, nacido en el pueblo de Teococuilco, del distrito de Ixtlán, y ambos podrían figurar con ventaja entre los hombres de Plutarco. Pocos años mayor que Juárez, fué enviado por su padre, que tenía algunas proporciones, á la ciudad de Oaxaca, para aprender el castellano y educarse. Era hombre de claro talento, vasta instrucción, gran pureza de costumbres y extraordinaria rectitud, honradez y fortaleza de carácter. Llegó á ser de los mejores abogados en el foro de Oaxaca, y de los hombres más distinguidos en el Estado, desempeñando los puestos de presidente de la Corte de Justicia y de gobernador. Acaso más

severo que Juárez, á quien estaba unido por los lazos de la sangre, mancomunidad de ideas, y por una amistad sincera y perdurable, era, como Juárez, de los liberales más firmes é ilustrados, no sólo de Oaxaca, sino de la República entera. Tuve la fortuna de tratarlo íntimamente, de conocer su carácter, de aprender mucho de él, pues lo admiraba, lo respetaba y lo tenía como un modelo digno de



CONVENTO DE SANTO DOMINGO EN OAXACA

imitarse; él me trataba como hijo, y su amistad me sirvió de mucho para mejorar mi situación cuando yo era un muchacho pobre y desvalido.»

Esta última frase, haciendo referencia al *muchacho pobre y desvalido*, es tierna muestra de reconocimiento del actual Presidente de la República á su antiguo bienhechor; hace adivinar los emocionantes recuerdos que la inspiraran al que la escribiera, y por eso, en su sinceridad y sencillez, es conmovedora.

Dice el general cómo en la fiesta de una repartición de premios escolares, fué presentado al señor Juárez, cuando por primera vez este patricio empuñaba las riendas del Estado de Oaxaca, y

qué gran impresión sintiera á la presencia de él y otros prohombres del partido liberal. «Me sedujo,— escribe en su Autobiografía citada,— el trato abierto y franco de estos personajes, diverso del recatado y ceremonioso de los clérigos, mis primeros preceptores de Seminario.» Aquellos hombres hacían nacer con su trato, con su conversación y sus discursos, en el espíritu del joven Díaz, dispuesto para los grandes hechos, ideas fecundadoras. Al proseguir hablando de ese acto público á que nos referimos, agrega: «Oí en la distribución de premios discursos muy liberales, pronunciados por los profesores licenciados D. Manuel Iturrigarria y D. Bernardino Carvajal; discursos en que se trataba á los jóvenes como amigos, como hombres que tenían derechos...;» y esos discursos, donde se hablaba de la igualdad, de la libertad y del derecho, produjeron en su virgen ánimo profunda impresión; encontraron eco resonante en su grande alma, que se arrebató en entusiasmos por los hermosos principios que sirvieran de fundamento después á nuestra Constitución política y á la Reforma. Así se iba modelando el héroe.

Entre sus más estimables compañeros de estudios, menciona especialmente á D. Matías Romero, que figuró bien pronto entre nuestros ilustres hombres de Estado.

Habla el general Díaz, al tratar de los primeros años de su juventud, de su valiente hermano don Félix, y de sus maestros, con gran cariño; y dejando entender cómo en todos conceptos se preparaba por secretos impulsos y vehementes aficiones á las bregas del futuro, dice: «Mi intelectualidad se ensanchaba al calor de los principios liberales, según me iba desarrollando y mejorando en mis estudios filosóficos; mis condiciones físicas eran: buena talla, grande agilidad y notable desarrollo, en que intervenía mi gusto por los ejercicios atléticos.»

Además, mientras el señor Juárez gobernó el Estado, los jóvenes estudiantes de Oaxaca que lo pretendían, como Díaz, concurrían á las academias militares que, por su acuerdo, daba el teniente coronel D. Ignacio Uría.

Por otra parte, Porfirio Díaz se veía apremiado en las duras luchas por la vida; y transmitiendo sus conocimientos, y por diversos modos, sostenía esa angustiosa batalla del desvalido. Levantándose á la altura á que su bien comprendido deber lo llamara, hacíase jefe de la familia, dada su mayoría de edad, y ayudaba á su madre, con afán constante, al mantenimiento de ella.

Era el hombre, era el hermano, era el hijo que, debatiendo con la pobreza, noblemente llenaba su misión.

El cuerpo y el alma del joven se equipaban con todas las enseñanzas apropiadas para entrar en los embates del futuro. La escuela de la desgracia formó parte de su escuela, y por eso, caldeado su corazón por los dolores, supo después profundizar, para remediarlas, todas las grandes angustias humanas.

Para terminar de tratar el biografiado, en lo que respecto de sí propio escribió, con relación á su vida juvenil é íntima, que lo preparaba á la pública, copiaremos estas significativas palabras:

«En casa de mi maestro y protector, D. Marcos Pérez, encontraba frecuentemente al señor don Benito Juárez, quien tuvo siempre gran cariño y predilección por mí, hasta que desgraciadamente nos separaron los sucesos políticos.»

A pesar de esa separación, de la pugna por los motivos aludidos, deja en sus remembranzas entender como siempre ha conservado estimación altísima por el ilustre Juárez.

Por lo que respecta á su bienhechor y maestro, D. Marcos Pérez, pagó con usura sus servicios. Efectivamente, aprehendido el señor Pérez por los sicarios de Santa Anna, en 1854; acusado con

razón de ser un liberal que conspiraba contra el orden de cosas de la época, el joven Porfirio Díaz, secundado por su hermano D. Félix, expuso su vida para ayudarlo á conseguir la libertad, cuando



PATIO DEL CONVENTO DE SANTO DOMINGO
Ventanilla de la prisión de Pérez

era guardado en rigurosa prisión, procurando y logrando burlar audazmente la vigilancia que sobre él se ejerciera hasta comunicarse con el prisionero, no obstante que se le tenía en una cerrada torre-cilla, situada en lo alto del convento de Santo Domingo, transformado en cuartel, cuyos elevados muros había que escalar en el silencio de la noche, al pasear de los centinelas del exterior, el interior y el de vista, que cerca de D. Marcos se apostaba.

Un solo pasaje relativo, que de la Autobiografía del general Díaz tomamos aquí, demuestra lo temerario de la aventura. Dice:

«Estaba cerrada la ventana, cuyas macizas hojas, en su parte alta, tenían dos pequeñas ventanillas, cada una con una cruceta de hierro en el centro. En la puerta de la torre-cilla había un postigo más bajo que la talla de un hombre en la postura natural, por donde el centinela, inclinándose de vez en cuando, podía con facilidad vigilar al preso. Existían dos puertas, y en el pasillo intermedio de ambas estaban el centinela y un cabo; la segunda puerta, que estaba, como la primera, cerrada con llave, la cuidaba una guardia de unos 50 hombres del batallón activo, con un capitán y un



PORTAL DE LA PLAZA DE OAXACA, DONDE DÍAZ PROTESTÓ CONTRA LA ELECCIÓN DE SANTA ANNA

oficial: era la guardia especial del preso. Todos estaban perfectamente seguros de que éste no se movería, por no tener su prisión más que esa puerta y la ventana.

«Cuando yo estaba frente á ella y el centinela se asomaba al pequeño postigo, tenía necesidad de inclinarme, deslizándome hacia abajo en lo posible para no ser visto, y entonces permanecía suspendido de la cuerda y mi hermano tenía que sostenerme desde lo alto del muro. A pesar de tantas dificultades y peligros, logramos hablar tres noches á D. Marcos Pérez.»

Empresa erizada de dificultades, y en la que una mala pisada al verificar el escalamiento ó el descenso, el ruido de los pasos, que se aventuraban sobre desiguales azoteas ó perfil de tapias en el negror de las tinieblas, y hasta el de la fatigosa respiración mal contenida, eran peligros de muerte, que en medio de la noche zumbaban siniestramente sobre las cabezas de los dos atrevidos jóvenes, cuyas siluetas se perdían en la formidable masa tenebrosa del convento de Santo Domingo, como si las absorbiera un monstruo enorme.

Y empresa tal fué llevada á cabo con decisión, en favor del preceptor querido, por el discípulo agraciado y siempre agradecido. Se jugaba en ella la vida propia y la del hermano predilecto; pero cuando rebosa la gratitud en los grandes y bien puestos corazones, se eleva como perfume en la inmensidad del espíritu para inspirar, en noble y generoso arranque, el hecho heroico y la aceptación de sacrificios.

En la conspiración contra el poder de Santa Anna, en que figuraba el citado señor Pérez, hacía uno de los principales papeles Porfirio Díaz. Como hemos dicho, la conflagración era general en la República.

Pero copiemos de la Autobiografía del general Díaz el lance que lo hizo arrojar definitivamente al palenque de la lucha armada:

«La política dictatorial y retrógrada del general Santa Anna, — escribe, — y su persecución á los liberales, ocasionaron una reacción en el país, que vino á culminar con la proclamación del Plan de Ayutla en Enero de 1854, cuya revolución encabezó el general D. Juan Álvarez, uno de los pocos cardillos de la Independencia que aun sobrevivían. Poco después, imitando Santa Anna á Luis Napoleón, quiso obtener un plebiscito en su favor y ordenó que se tomara una votación popular que decidiera quién debería ejercer la suprema dictadura.

»Estaba yo supliendo la cátedra de Derecho natural, cuando el director del Instituto, que lo era entonces el doctor D. Juan Bolaños, citó á todos los catedráticos para ir á votar en cuerpo el 1.º de Diciembre de 1854. Me negué á concurrir; pero teniendo esperanzas de que durante la votación hubiera algún escándalo que motivase alzamiento en armas, y creyendo que podría hacerse algo, sin embargo de que esto era imposible, pues el gobierno había puesto en guardia muchas fuerzas y hasta cañones, me dirigí separadamente al portal de Palacio, en donde se estaba recibiendo la votación. Presidía la mesa el general D. Ignacio Martínez Pinillos, que era el gobernador y comandante militar del Estado, ó Departamento, como entonces se le llamaba, cuando llegó el cuerpo académico. El jefe de la demarcación donde yo vivía, D. Serapio Maldonado, se presentó diciendo que votaba por la permanencia en el poder y dictadura del general Santa Anna por tantos individuos varones, que eran vecinos de su demarcación; y entonces supliqué á la mesa que descontara un voto de ese número, porque yo no quería ejercer el derecho de votar.... En seguida llegó el cuerpo académico del Instituto, y todos los catedráticos votaron en favor del citado general y pusieron sus respectivas firmas. Cuando terminó el acto, el licenciado D. Francisco S. de Enciso, que era catedrático de Derecho civil, me preguntó si al fin no votaba yo. Contesté en los mismos términos en que me había excusado con el general Martínez, esto es, que éste era un derecho que libremente podía ó no ejercerse.

— »Sí, — me contestó Enciso; — y uno no vota cuando tiene miedo.

»Ese reproche, que me quemó como un botón de fuego, me hizo tomar la pluma que se me había ofrecido; me abrí paso entre los concurrentes y puse mi voto para la presidencia en favor del general D. Juan Álvarez, que figuraba como jefe de la revolución de Ayutla.»

Por tal manera pasó Díaz el Rubicón, en presencia de un público sobrecogido de estupor: el guante estaba arrojado y nuestro biografiado en pie, sobre la arena del combate.

III

Comienza la lucha

1855-1856

TRAS de la sorpresa causada en el ánimo de las autoridades, vino la reacción, y se libraron apremiantes órdenes de captura contra el joven Díaz, que había desaparecido entre la multitud que hacía ó presenciaba en la plaza de Oaxaca la votación en favor del dictador.

El perseguido, salvando activo algunas dificultades, se arma y monta á caballo; acompañado de otro hombre resuelto, atropella al paso á los que pretendían aprehenderlo, y al galope los dos jinetes se pierden en la sombra por el camino de Ejutla para dirigirse á la Mixteca, donde los campesinos se levantaban en armas contra la dictadura de Santa Anna.

Porfirio Díaz desde el primer momento se mostró superior é influyó en el ánimo del grupo de pronunciados que encontró, y que mandaba un Labrador llamado José María Herrera, de cuya voluntad supo luego adueñarse.

Indígenas, labriegos casi sin armas, formaban aquel grupo, que luego, maltrecho cual se hallaba, tuvo que entrar en combate.

Dice el general Díaz en su Autobiografía á este respecto: «Dispuse que esperáramos en la cañada de Teotongo al teniente coronel Canalizo, del 4.º de caballería, que venía á atacarnos con una columna de infantería y caballería, compuesta como de 80 á 100 caballos y 50 infantes, que mandaba el capitán Ortiz, del 10.º de infantería. Esta era muy poca fuerza, pero la mitad habría bastado para hacernos pedazos si no hubiéramos contado con los grandes accidentes del terreno. Apenas tendríamos armados unos veinte ó treinta individuos con escopetas, y los demás de nuestros hombres traían hachas, garrochas de trabajo y otros instrumentos de labranza.

»En un aguaje que hay en la cañada de Teotongo, con exuberante vegetación, me pareció natural que los soldados, con la fatiga, se detendrían á beber agua. En efecto, se detuvieron muchos, sobre todo infantes, pues la caballería siguió su camino. Nosotros habíamos aflojado muchos peñascos en el cerro, dispuestos con palancas para hacerlos rodar en un momento dado. Cuando los soldados estaban bebiendo agua, les hicimos una descarga, y á la vez les cayó una avalancha de grandes piedras, con lo que les causamos graves perjuicios. Este fué el primer encuentro en que me hallé.»

El bautismo de fuego había tenido efecto. Por lo demás, el tiroteo, en medio del desorden de la fuerza de línea que huyó, y el de los pronunciados, quienes para guarecerse mejor en los cerros se